VESTID, VESTID MALDITOS

Montserrat Valls Giner
Juan Genovés Timoner

INTRIGA - LOS CUADROS VERDES DE ITAMI 2

Tab Editing

INTRIGA

VESTID, VESTID MALDITOS

Tab Editing

VESTID, VESTID MALDITOS

© Montserrat Valls y Juan Genovés, 2022
Primera Edición: noviembre de 2012
Segunda edición: abril de 2015
Tercera Edición: octubre de 2022 – Tab Editing
© del diseño de la portada, Montserrat Valls y Juan Genovés, 2022 a partir de la ilustración de: ©Paul en Pexels.

ISBN:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a Tab Editing si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Tab Editing a través de la web www.montsevalls.eu o por email en info@montsevalls.eu

Tab Editing es un sello editorial de Montse Valls y Juan Genovés
08025- Barcelona (info@montsevalls.eu)
https://www.montsevalls.eu

Síguenos en:
https://www.facebook.com/Libros.Tab.Editing
https://www.montsevalls.eu
Tab Editing

INTRIGA

VESTID, VESTID MALDITOS

Montserrat Valls Giner

Juan Genovés Timoner

Tab Editing

DEDICADO A

Sydney Pollack.
Y como él diría: Danzad, danzad, malditos

AGRADECIMIENTOS DE LOS AUTORES

Agradecemos a Pau Genovés sus consejos musicales y su complicidad.
A Magda Giner, porque sin ella no hubieran salido a la luz estos personajes.
A Ángel Marín, porque siempre esta ahí.
A Adelaida Herrera, por creer en lo increíble.
A Mónica Yáñez, por su buen trabajo y su sentido del humor.
Y como siempre, al cine. Sin él dudamos que estos libros existieran.
Miles de películas nos han influido en esta segunda parte de Suicidio colectivo: Danzad, danzad, malditos, El portero de noche, El crepúsculo de los dioses, La señora Miniver, Fahrenheit 451, Enamorarse, El diablo se viste de Prada, Instinto básico, Rebeca, La semilla del diablo, Qué bello es vivir, Ojos, Lápiz de labios, Pret-a-porter, El nombre de la rosa, Vencedores y vencidos...
También nos ha influido el documental sobre moda About Face.
Por cierto, contacta con nosotros si averiguas quién tiene la otra copia de la película de Marilyn Monroe.

INTRODUCCIÓN

En el otoño de 2013, la colección de alta costura de Chanel fue un éxito rotundo. Las lentejuelas, plumas y nácar se extendieron por todas las callejuelas de París, rozando los labios de las mujeres francesas y dejando una bruma de rosas grises plateados.

Pero todo esto pasó hace siete años.

Berlín, año 2020.

Ya no hay monarquías en Europa, los cines han dejado de existir y para leer libros en papel has de ir a lo que ahora llaman bibliomuseos.

Pero eso sí, la moda sigue dominando nuestras vidas de una manera sádica y cruel.

IRINA

Para los que no me conozcáis, soy Irina. Cathy y Samson me adoptaron cuando tenía dos años. Mi verdadera madre, de nacionalidad rusa, me abandonó en un orfanato de Moscú.

He de reconocer que tuve suerte. Ahora soy adolescente, dicen que guapa; por eso estamos en Berlín. Mi madre presentará su colección de moda transparente, y Hanna —la mujer más importante en el mundo de la moda actualmente—, a cambio, me dará una oportunidad para desfilar.

Mi sueño. Todo parece perfecto, ¿verdad? Lo sería si no fuera por un pequeño problema que no le he dicho a nadie: soy anoréxica.

Llevo unas botas con tacón de cristal y un vestido transparente, obra de mi madre y de Sve. Un sombrero tapará mis ojos —será una ventaja, ya que mis ojeras rivalizarían con las de un muerto—.

La canción «Love Long Distance» está llegando a su fin, por lo cual Klara, otra de las modelos, debe de estar terminando su pase. Debo darme prisa si no quiero que se den cuenta de lo que me ocurre.

Termino de vomitar en el lavabo y paso por mi rostro lo último en maquillaje automático: Color y Olor.

Hanna se acerca a buscarme para salir a la pasarela. Es mi debut, así que ella me acompañará hasta el final.

Suena estridentemente «Ein Sturm» y salgo tambaleante temiendo que el frágil tacón se haga añicos, pero sorprendentemente, todo sale bien. El público se levanta en una gran ovación, y los robophots a nuestro alrededor no paran de fotografiarnos.

Atisbo, aunque con dificultad, a mi madre, así que me saco el sombrero y me acerco a ella, dejando a Hanna y a mis compañeros. Mis quince años se envuelven de cabello rojo y ojos verdes de Irlanda. Michael, a nuestro lado, sonríe con complicidad.

Por desgracia, Sve me dice con señas, de lejos, aquello de «hemos de hablar». Mi cabello rubio se vislumbra en la pasarela. Una hebra muy fina, casi imperceptible, abandona mi cabellera. Y yo sé muy bien por qué, pero mis ojos azules sonríen a las cámaras, como si no ocurriera nada.

Miro el reloj para saber cuánto tiempo me queda para poder volver a vomitar. Como dice Roger, he nacido para ser mo-

delo, aunque Liv no esté de acuerdo. Mientras, Samson tararea la canción alemana como si entendiera la letra.

CAPÍTULO 1

¿POR QUÉ ESTAMOS EN BERLÍN?

La avenida más animada de Berlín es la Kurfürstendamm. A pesar de la Segunda Guerra Mundial, del Muro y la crisis económica europea, ella sigue allí, impertérrita, desafiante como si se riera de Hitler, del euro y de las muertes acaecidas a raíz de la Guerra Fría.

ITAMI

Dejemos atrás edificios de cristal y adentrémonos en el café Möhring. Ahí, en una mesa grande de mármol, están todos. Bien, todos no. Yo fui estúpido y me suicidé… Aunque sigo aquí, acompañándolos en este viaje, ya que quiero ver qué les ocurre. Sí, ya sé, Kazuzo me dice que nos vayamos, que ya es hora. Entiendo que tiene razón, pero como el tiempo aquí es tan relativo, la he convencido para que esperemos treinta segundos, lo que en la Tierra equivaldría a tres meses.

Para los que no vinisteis la otra vez, haré un recordatorio. Para los conocidos, bienvenidos otra vez: sigue siendo un placer, aunque hayáis cambiado.

En fin, mi nombre es Itami, y la mujer de sonrisa perenne que está a mi lado es Kazuzo. La perrita que juega con ella al lado de mi abuela es Nana. Tenemos una cosa en común: nos

adoramos. Ah, me olvidaba, y eso es aún más importante: los cuatro estamos muertos.

Cuando me suicidé, en 2007, mi novia Kazuzo no pudo soportarlo y se tiró al metro de Tokio. Su piel de nácar se confundió con las vías. Y un poco más lejos, en el barrio de Tanaka, mi abuela se degolló con un cristal. Aquel día llovió sangre en Japón, ya que esa viejecita —aunque está mal que yo lo diga— era una de las personas más buenas del mundo.

En fin, llegamos aquí, y nos encontramos con Nana, la perrita que yo había tenido de pequeño. Su pelo seguía suave, al igual que su mirada.

Acompañadme hasta la mesa del café Möhring. Ellos no pueden verme, pero vosotros sí.

La mujer rubia que está comiendo sopa de patatas es Liv. Sus ojos azules siempre están llenos de esa sabiduría que da la edad. Se enfrentó a un marido homosexual que la utilizó de tapadera, a un amago de infarto y a un enamoramiento cuando dicen que las hojas ya han caído. Las suyas, por la manera de mirar a Marcello, su marido actual, dudo que sigan estando la próxima estación.

Al lado de ellos se encuentra Roger. Está loco por Svetlana —Sve, como la llaman todos—. Este adolescente pasó de enamorarse de su hermana a volverse loco por Cathy, para acabar en los muslos suaves y tiernos de Sve. Yo nunca los probé, pero me los imagino así. Por cierto, Roger también ha superado dos muertes: la de su gemela Judith, y la de su mejor amigo, yo. Los dos nos fuimos voluntariamente sin esperar a la parca.

Sve comparte una sopa rusa con Roger, supongo que por nostalgia de Moscú. Por muy mal que nos haya tratado nuestra tierra es la raíz de nuestras venas: no se va, aunque la sometas a la memoria del olvido. Han pasado los años, y Sve sigue siendo

preciosa, vulnerable y con un cierto toque cándido. Ella perdió a sus padres de pequeña; fueron asesinados por la mafia rusa. Por suerte le queda un hermano, Alexey. Sigue vivo, pero prefirió quedarse en Venecia, no ha querido venir a Berlín.

El hombre que está cortando un filete tártaro es Michael. Entre charla y cerveza mira su móvil intentando contactar con su esposa; pero Wendy —la adorable Wendy que se enamoró de mis cuadros— no llamará ni esta noche ni nunca más, aunque él todavía no lo sabe.

Mientras el camarero sirve el cava, desliza su mirada por el escote de Cathy. A pesar de que ya no cumple los cuarenta, no hay mujer más bella ni en el restaurante, ni en Berlín. El conjunto de sus ojos verdes, su cabello rojizo y, ¿por qué no?, el haber matado a sus padres y a su tía aumentan su atractivo, y en eso está de acuerdo el hombre de color que hay a su lado: Samson. Él es el responsable de que hayamos venido todos a Berlín. Adoptó a Irina cuando ella solo tenía dos años para hacer feliz a la que ahora es su mujer.

La moda, así como antes se ubicaba en París, Londres, Nueva York, ahora ha dado un giro: si quieres llegar a algo en este mundo de vestidos y bufandas, tienes que venir a la patria de Beethoven, Sebastian Madsen o Diane Kruger.

Bien, en todas las historias, como en nuestras vidas, hay personajes que siempre están: Sve, Cathy, Liv, Michael, Samson. Los mismos que conectaron en el 2007 por Internet respondiendo a un anuncio de suicidio colectivo, que por cierto puse yo.

Ahora os presentaré a los nuevos personajes, que no sé si son buenos o malos —eso deberéis juzgarlo al final de la novela—. Aunque, si os soy sincero, yo creo en lo que decía el filósofo Ortega y Gasset: el hombre es él y sus circunstancias. Porque todos somos de una manera dependiendo de lo que nos rodea, ¿o no?

Os presento a Hanna, cuarenta años, morena, ojos azules y con una sonrisa que derrite los helados. Ella es la mujer más importante en Berlín en cuanto a moda se refiere. Lo que ella dice que se ha de llevar, al día siguiente inunda todas las calles de Europa, en las mujeres, en los hombres y, especialmente, en los adolescentes.

Su madre, Magda, aparecerá después, en el café; es copropietaria de la empresa, pero deja que su hija coja a nuevos valores, como Cathy y Svetlana, para poder seguir dedicándose a lo que le gusta: ser modelo a pesar de su edad.

Hay más, pero quiero que los demás los vayáis descubriendo vosotros solos.

Ya he hecho las presentaciones. Ahora, ellos irán desgranando sus historias, presentes, pasadas y, sobre todo, futuras. Yo, si me lo permitís, volveré al final, dentro de treinta segundos —es decir, lo que será para vosotros y para ellos tres meses—. Como dirían en Venecia: arrivederci.

MICHAEL

El café Möhring está abarrotado, y como se vuelve a dejar fumar en los locales, nos hallamos todos embebidos de niebla, dudas e incertidumbre. A pesar de ello, estamos contentos: todos hemos venido a Berlín con un objetivo.

Hanna intenta que todos nos sintamos cómodos y conquistarnos con las especialidades alemanas y su atractivo, lleno de mar en sus ojos y oscuridad tenebrosa en su cabello y sus gestos. Su voz es susurrante.

—Os he hecho traer pastel de cereza, de crema de avellanas y de queso. Es lo típico de Berlín. Los alemanes solemos poner nata por encima.

—¡Delicioso! ¡Marcello, has de probarlo!

—¡Mamma mia! No lo puedo probar todo. Piensa en mí colesterol, Liv.

—Marcello, ella tiene razón. ¡Esto está de puta madre!

—¿No te pones nata, Roger?

—Si no te importa, Sve, la nata me la llevo a la habitación para luego…

—Perdón, no les sigo. ¿Tienen algún problema con la tarta? Mi inglés no es tan rápido.

—Nada, Hanna, nada importante. Estos, que son unos calientes mentales.

—Gracias, Cathy, creo que ahora ya les sigo. El humor inglés es difícil.

—No, si Roger es catalán.

—De l'Empordà, senyora.

—Eso está en Girona, ¿verdad?

—Exacto, ¿lo conoce?

—Estuve en Palafrugell cuando era pequeña, con mis padres. Por cierto, llámame de tú, no soy tan mayor.

—¿Tus padres viven en Berlín?

ROGER

Me importa un carajo si sus padres viven en Berlín o en Estambul, pero ella paga la comida y la estancia, así que mostraré interés. La verdad es que, con su cabello moreno y sus ojos azules, ese rostro —si le anulamos arrugas y cansancio— es atractivo. Observo de soslayo a Michael: está mirando el móvil como si le fuera la vida en ello.

—Mi padre murió, y mi madre… bueno, hoy la conoceréis. Le he dicho que se pase por aquí a tomar el café.

—Tengo entendido que su madre es una de las modelos más, digamos… longevas, en esta profesión, y disculpa si no acierto con el adjetivo.

—El adjetivo es perfecto, Samson. Magda lleva más de cincuenta años en la profesión. Y eso que de joven le decían que era demasiado alta y delgada. Las modelos en aquella época

no eran tan delgadas. ¿Cómo es que la conoces? Perdona, pero me da la impresión de que no te importa en absoluto la moda y que has venido a acompañar a Cathy.

—Punto uno: te equivocas, me interesa todo lo bello. Soy fotógrafo, por eso conozco a tu madre. En su rostro se demuestra que la edad es una opción más de embellecer. Segundo: Irina es nuestra hija, e iré adonde vaya ella; por lo menos, hasta que sea mayor de edad. Y ahora, si me disculpas, voy a buscar a Irina al servicio, que está tardando demasiado.

CATHY

Esta mujer es idiota. ¡Mi marido ha ganado un Pulitzer y ni le conoce! Bien, respira hondo, Cathy. Lo que nos van a pagar por nuestra ropa será el cuádruple que en otra ciudad europea. Además, Irina pasará tres meses con unas, digamos… «mentoras», que la pueden introducir en el mundo que ella desea. Sonrío y le paso la tarta de queso a Hanna, que aún está estupefacta por la reacción de Samson. Veo sus dientes blancos engullendo la tarta y recuerdo la que hice para mi padre cuando le envenené con guarnición de sobredosis de Rohipnol.

Hanna, con sus ojos penetrantes, se dirige a todos, intentando entender por qué Samson se ha levantado de la mesa súbitamente.

—Perdón, ¿por qué se ha ofendido?

—¡Mamma mia! Señora, está claro. Samson es uno de los mejores fotógrafos del mundo. Es como si alguien hubiera venido a mi restaurante de Venecia y no supiera qué es una pizza.

—Hay algo más, Marcello.

—¿A qué te refieres, Roger?

—Ahora que él no está os lo digo. Odia los robophots. El hecho de que ahora en los desfiles de moda no puedan entrar fotógrafos y utilicen esas máquinas con sensores… Vamos, hablando en plata: le toca los huevos.

—Si es por eso, él tiene permiso para fotografiar siempre que quiera la ropa diseñada por Cathy y Sve.

—Te lo agradezco, Hanna.

—No tienes que agradecerme nada, Cathy. Vuestra ropa es innovadora y sorprendente.

Sigo con mi sonrisa falsa, pero Liv me acaricia con la mirada y me calma. Liv es como la madre que nunca tuve: serenidad en las tormentas de arena. De pronto, en mitad de este ambiente tenso, se acerca Irina, sin Samson. Parece un poco despeinada y juraría que tiene una mancha verduzca en la comisura de sus labios.

—Disculpas a todos, no me encontraba bien. ¿Me he perdido algo?

—Nada, tía, tu padre se ha cabreado porque Hanna no le ha conocido y Marcello ha comparado sus fotografías con los calzoni.

IRINA

Me parto con Roger. A veces hasta siento cierta envidia de que sea pareja de Sve. Cojo una servilleta para arreglarme el maquillaje: creo que se ha esparcido un poco al llegar Samson de golpe, aporreando la puerta del lavabo mientras estaba vomitando.

—Me ha dicho Samson que le disculpéis. No tomará café porque se va a la cama. Ahora entiendo el motivo.

De pronto, el móvil de Michael suena muy alto. Él lo coge ansioso, y entonces entra en el café la criatura más extraña que he visto en mi vida.

—¿Quién es, mamá?

CATHY

No tengo tiempo de contestar a mi hija ni de oír la conversación de Michael. Solo puedo ver a una mujer muy alta, en todos los sentidos, acercándose a mi hija.

—Soy Magda, y tú debes de ser Irina, ¿verdad, querida?

Saluda a mi hija, pero me taladra con sus ojos. Michael, de improviso, da un golpe seco a su taza de café y el vestido de Liv, antes blanco, ahora adquiere la tonalidad de la noche oscura en que nos vamos a sumergir todos…

MAGDA E IRINA
IRINA

La cena ha terminado inesperadamente y nos hemos ido al hotel. Michael se ha encerrado en su habitación con un tal Richard, que no tengo ni idea de quién es. Mi madre y Sve se han quedado en una sala de reuniones para hablar de los contratos con Hanna. Liv se ha ido a dormir con Marcello, no sin antes dejar el encargo en la tintorería del hotel de reparar la desgracia que le ha hecho el café en el vestido. Y Roger se ha ido con Samson a ver Berlín. Me hubiese gustado acompañarlos, pero Magda quería hablar conmigo y la verdad, aunque esta ciudad alemana me impacta, esta mujer de unos… setenta años —no lo sé a ciencia cierta—, me atrae como si se tratara de una escultura de Henry Moore.

El espejo del bar me devuelve mi imagen, joven, todavía sin hacer quizás, y a mi lado, Magda, con su seguridad y su saber estar. Me pregunto si seré como ella cuando sea mayor.

Magda ha pedido dos copas para nosotras e intenta, por la manera en que me observa tras su copa de cristal, hacerme una radiografía visual.

—Siento que la cena no haya sido de vuestro agrado, querida.

—¡Qué va! Simplemente es un grupo que cuando no les pasa una cosa, les pasa otra.

—¿Es que vivís todos juntos?

Se me atraganta la cerveza sin alcohol que he pedido en el bar del hotel. Miro el vestido de Magda, largo hasta los pies, su

cabellera ondulante, teñida seguramente, y sus pestañas, largas como sus uñas.

—¡No, claro que no! Solo tenemos algo que nos une desde hace algunos años, Magda.

—¿Algún secreto? Eso me encanta. ¿Puedo saber de qué se trata?

Dudo ante esa mujer tan sagaz. En el fondo no la conozco de nada, y mamá siempre dice que no le contemos a nadie nada, que no lo entenderían, pero quizás esta mujer es distinta. Además, Klara, una joven modelo como yo y la única amiga que tengo desde hace seis días, me ha dicho que Magda es la mujer más influyente de todo Berlín. Me comentó algo de ella relacionado con los nazis, pero ahora no recuerdo qué.

Sigue indagando en quién soy, no sé si porque trabajo con su hija o porque nuestro grupo, tan variopinto, le ha despertado la curiosidad.

—Irina, yo también tengo secretos, y algunos que pueden serte muy útiles.

—¿De la moda?

—De la moda, de la vida… de lo que no te enseñan en los libros.

—¿Qué libros?

—Lo olvidaba, siempre lo olvido. Para vosotros todo es electrónico. Ya no se publican libros en papel, ni vais a clase. Todo es interactivo, y por Internet. Si vienes a mi casa, y así estaremos más tranquilas para hablar, podrás ver muchos libros juntos.

—¿De papel?

—Sí, querida, de papel, y primeras ediciones con lomos de lujo.

Solo por eso ya vale la pena ir a su casa. Voy a marcar el móvil de mamá, a ver si me deja. Como aparecerá la imagen de

Magda en la pantalla, verá que no le miento. Hoy en día cuando llamas a alguien por teléfono no puedes mentir; es imposible evitar que salgan las imágenes de dónde estás y con quién estas.

Veo la imagen de mi madre en su habitación, viendo una peli en su ordenador; creo que es Qué bello es vivir.

No sé si es la influencia de lo que está viendo o que le gusta Magda, pero me deja ir a su casa.

—¿Qué te ha dicho, Irina?

—Quiere hablar con usted, Magda, para saber dónde vive.

—¡Ah, no hace falta! Dile que es el edificio de al lado del hotel. La casa de hiedra.

Se lo digo a mamá y me contesta que no llegue tarde.

Flipo, no sé si porque mamá me deja ir a la casa de una extraña, o porque la casa, si es la que está al lado del hotel, es alucinante. Nos llamó la atención a todos, cuando llegamos con las maletas del aeropuerto, ver esa casa: ahí en medio, como fuera del tiempo y el espacio.

—¿Vamos, Irina?

Me ha dejado de llamar querida, lo cual me satisface. Es como si hubiera dejado de ser un objeto para ella y pasara a ser persona, de carne y hueso.

La sigo, y observo sus andares, como si flotara, como si no fuera de este mundo terrenal. Me acuerdo de las hadas de los cuentos que me leía Liv, cuando aún las historias estaban encuadernadas y las hojas eran algo no abstracto.

Salimos del hotel y nos acercamos a la casa de Magda.

Ella va abriendo la puerta de la mansión gris, rodeada de hiedra, y observo las buhardillas en lo alto. Unos sensores conectados impiden que nadie pueda entrar detrás de nosotros, por lo cual la verja queda abierta.

—Pasa, no te quedes en la puerta. Deja el bolso aquí… ¡Vaya, es un Birkin! Ya no se ven.

—Por subasta, en Kangi, lo último en web tipo Ebay.

Dejo mi querido compañero amarillo en lo que parece una silla giratoria y Magda me abre las puertas de su mansión, de una en una, aunque esto es tan grande que parece que las habitaciones estén repetidas.

—Y ahora voy a abrirte mis secretos, Irina.

Magda coge una gruesa llave y abre una de las puertas. Me quedo atónita. En el resto de la casa hay muebles giratorios, televisiones holográficas y robots haciendo menesteres por toda la casa. En cambio, aquí, en esta habitación que ella abre sigilosamente, es como si no hubiera pasado el tiempo, como si se hubiera detenido en un punto extraño del pasado. Siento que el vello rubio de mi brazo se eriza al ver la decoración del interior.

—No tengas miedo, Irina, siéntate cómodamente. Aquí es donde tengo los libros.

¡La biblioteca de Magda es inmensa! No había exagerado al describírmela.

No me siento en ningún sitio: voy directamente a las hojas, a las encuadernaciones de piel con letras doradas. El tacto se une al relieve de los lomos, y entonces me doy cuenta de que junto a la estantería hay unas fotos enormes, en blanco y negro, como las que hacía antes papá. Pero estas no son de búfalos y antílopes, sino de personas. Esqueléticas, hambrientas. Algunas se parecen a los zombis de las pelis antiguas.

La voz de Magda resuena tras de mí.

—Es Auschwitz, querida.

Vuelve a llamarme querida, y me mareo, deseo vomitar; pero esta vez no por quitarme las calorías de la cerveza, sino porque tengo una sensación de asco mezclada con algo que no sé descifrar. Creo que ella no se ha dado cuenta de que sigo de pie, con un libro en la mano y las fotos de la pared en mis pu-

pilas, agrandándose, como si tuvieran vida propia. Su voz ahora es un susurro, pero la oigo perfectamente.

—Auschwitz-Birkenau era el campo de concentración estrictamente para mujeres. Esas fotos que ves fueron tomadas cuando terminó la guerra. La de la derecha es mi madre.

—¡Dios mío! ¿Su madre estuvo allí?

—Sí. Parece un cadáver, ¿verdad?

—No sé qué decir. Nunca había visto algo así, por lo menos en una casa.

—Quiero tenerlo aquí para no olvidar.

—No la entiendo.

—Me explicaré: habrás oído que en los campos iban judíos, ¿verdad?

—Sí, sé que fue el mayor campo de extermino. ¿Dos millones?

—Dos y medio. No sé, nunca se ponen de acuerdo. Muchos estudios, muchas estadísticas. Pero cuando los soviéticos entraron en Polonia el 27 de enero de 1945, junto a los judíos encontraron gitanos, testigos de Jehová… y personas como mi madre.

—Sigo sin entender qué me quiere explicar, adónde quiere llegar, Magda. ¿Su madre era judía? ¿Fue allí por eso?

—Es más complicado… ¿Has oído hablar del triángulo rosa?

—No.

—En 1986 Richard Plant publicó un libro en el que hablaba de las lesbianas secuestradas.

—¿Lesbianas?

—Sí, aunque en las estadísticas solo se habla de los homosexuales, de los experimentos que hacían con ellos los doctores nazis. No se habla casi de ello, es un tema desconocido y el número de las mujeres lesbianas que estuvieron en los campos es poco importante.

—¿Qué ocurría con ellas?

—Si alguien las delataba, alguna vecina, alguna supuesta amiga, investigaban.

—¿Investigaron a su madre?

—No hizo falta. En la noche del 23 de enero del 44, oficiales de la Gestapo entraron en el edificio donde mi madre vivía. Buscaban a unos comerciantes judíos, pero la encontraron a ella, desnuda en la cama con una mujer, Sabine.

—¿Su madre era lesbiana?

—Mi padre la abandonó, y ella se enamoró de esa chica. No sé si eso es ser lesbiana, pero los de la Gestapo así lo juzgaron.

No espera a que yo conteste, ni tampoco me mira; se diría que está hablando consigo misma. Pienso en lo que me dijo un día Liv, que mi madre y Sve tuvieron un rollo. Me apoyo en la pared y sigo escuchando el espeluznante relato.

—A Sabine la mataron allí mismo, en la cama, desnuda; le rebanaron el cuello. A mi madre se la llevaron tal como iba, desnuda, temblando por aquel invierno tan frío. No creo que en Polonia haya habido nunca algo tan glacial.

—¿Y después que pasó?

—La llevaron a un prostíbulo del campo de concentración de Auschwitz.

—¿Qué era ese lugar?

—Un lugar donde, sobre todo, a las lesbianas se las quería «convencer» de que tenían que cambiar. A mi madre la violaban una y otra vez, día y noche, sin descanso; era muy bella y eso no la benefició. Cuando se hartaban le introducían palos, escobas… lo que fuera.

—¡Dios mío! ¿Cuánto duró eso?

—Por suerte, o por desgracia, solo tres meses.

—¿Por qué dice por desgracia?

—Porque entonces la llevaron al barracón donde estaban todas las mujeres. Las jefas de vigilancia se llamaban Maria Mandel e Irma Ilse Ida Grese.

Pronuncia su nombre como si escupiera sangre, y entonces recuerdo la clase de Historia donde se hablaba de esas mujeres. A la tal Irma la llamaban «la Bestia Bella» o «el Ángel de la Muerte». Era tan hermosa como mala persona, y disfrutaba torturando a las prisioneras.

—Sí, sé lo que estás pensando. Pero María Mandel era igual o peor. Mi madre me contó que cuando alguien la miraba, fuera mujer o niño, los llevaba fuera del campo. Nunca más volvían.

—¿Es que también había niños?

—Por supuesto. María los torturaba, y te ahorraré los detalles, o tu palidez podría incrementarse.

—Tanto María como Irma fueron ahorcadas al terminar la guerra, ¿verdad?

—Sí, a los treinta y seis y veintidós años respectivamente. Y sinceramente, por mí, podían haberlas torturado antes de matarlas.

—¿Todo esto se lo contó su madre?

Magda me mira, sonriendo enigmáticamente, abre un cajón y me enseña dos triángulos rosas: uno grande, muy gastado, y otro pequeñito. Y entonces me doy cuenta. Miro las fotos de la pared, y en la foto donde está su madre, detrás de ella, se ve a una niña cogida de su mano. Está asustada y llora. Me doy cuenta de que son los ojos de Magda, cuando era pequeña y el destino la llevó a ese infierno. Su madre no tuvo que contarle nada ella estuvo allí.

—Sí, querida, esa niña soy yo, y ese era mi triángulo. Yo tenía cinco años y no recuerdo casi nada, pero lo suficiente para que deteste el cuerpo desnudo y quiera vestirlo para darle algo más importante que el dinero: poder.

—¿Por qué me ha contado todo esto?

—No lo sé, tal vez porque me recuerdas a mí de joven. Quizás por tu nombre. Quién sabe, hoy es una noche de luna llena. De lunas y secretos. Aunque creo que estás muy cansada. Tendremos otra conversación más adelante.

Las fotos me persiguen y ella va apagando las luces con palmadas. Vuelve a cerrar la puerta de aquella habitación con llave y salimos afuera.

Estoy en la puerta de la mansión, mareada y asustada.

—Querida, toma tu bolso.

—Gracias, Magda. ¿Puedo preguntarle algo?

—Lo que quieras.

—¿Cómo se llamaba su madre?

—Como tú: se llamaba Irina.

Cojo fuertemente mi bolso, y deseo llegar cuanto antes a la habitación del hotel. Berlín me empieza a parecer una ciudad muy extraña.

Magda ya ha cerrado la mansión. Parece que la casa nos observe.

Me despido de esa mujer con un beso que no roza sus mejillas, maquilladas de color siena.

SAMSON Y ROGER

Si se deja el tráfico de la Ku'damm y abrazamos la tranquilidad de Breitscheidplatz, encontraremos, como si de un fantasma del pasado se tratara, la iglesia en ruinas de Kaiser-Wilhelm-Gedächtniskirche. Es el símbolo más importante para recordar a los berlineses que bombardearon su ciudad. Ellos, como siempre, volvieron a empezar. Al oeste, una torre hexagonal. Al este, una iglesia octogonal con una capilla. Un hombre negro y otro blanco admiran las vidrieras, hechas en Chartres, que resplandecen por la noche.

Samson mira la guía de Berlín.

—¿Entramos en la capilla? Mi audio-guía dice que la construyó un tal Ernst Barlach.

—Como quieras, macho, aunque a mí las iglesias no me entusiasman.

—Roger, cultura. Nos hemos quedado en pocos años sin libros nuevos que se editen, sin composiciones nuevas que salgan en Re-vei. Hagamos un poco de cultura, ya que estamos aquí. Si seguimos así, todo desaparecerá.

—Para, para… Seguimos leyendo libros, aunque en el ordenador; y en cuanto a la música, ¡la conectamos gratuitamente donde queramos!

—Pero no creáis, no hacéis nada nuevo en ningún campo. Por ejemplo, cuando vais a las discotecas, suenan canciones del 2012.

—Joder, porque fue un buen año. ¿Pero a ti qué te pasa, tío? Ya me está dando mal rollo la imagen del Cristo este del altar, y tú con tus sermones. Solo nos llevamos cuatro años, no hace falta que me sermonees. Ni que fueras Liv, o peor aún, mi madre.

—Por cierto, ¿cómo está tu madre?

—Bien, desde que se volvió a casar; su marido es un buen tío. Aunque pensando que su anterior marido era pedófilo y violó a mi hermana, cualquier comparación es mejor.

—No seas tan duro.

—¿Con quién? ¿Con mi padre?

—No, contigo. Tienes que olvidar esa historia.

SAMSON

No puedo entender lo que le pasó a Roger. Tener un padre al que le gustan las jovencitas ya es duro pero que viole a su propia hija… eso es imperdonable.

Observo el altar de la capilla y ese Cristo. Roger tiene razón: esa imagen de Jesús da miedo. Si ese revolucionario existió —y por las pruebas, parece que sí—, tenía que ser todo bondad, no amenazante como se nos presenta aquí, aunque los colores fríos no ayudan. Miro a Roger. Parece pensativo. Quizás esté rememorando sus pérdidas, a Judith, su hermana gemela muerta. Pero en fin, todos hemos perdido a personas en estos años. En mi caso, he dejado de tener dos hermanos y una hermana. Y un bebé que no nació: el de Cathy y mío. Hubiera sido de piel oscura y Hanna, la alemana esa de los huevos, no hubiera dudado de mi paternidad. ¡Qué tonterías pienso! La pobre mujer, en la comida, seguramente intentaba hablar inglés lo mejor que sabe, y puede que mis interpretaciones fueran distintas a lo que ella quiso decir.

Roger me mira como si supiera lo que estoy pensando.

—¿Qué? ¿Nos piramos?

—Sí, ya hemos tenido bastante religión por hoy.

—La religión es el opio del pueblo. ¿Ves como tengo cultura?

—Depende. ¿Quién lo dijo?

—¡Los hermanos Marx! ¿No te jode? ¡Marx, el padre de socialismo marxista!

—Touché.

El reloj de la torre da las campanadas e inicia una melodía. Nos alejamos de lo que los berlineses han apodado «diente roto», «barra de labios» y «caja de polvo». ¡Para que luego digan que los alemanes no tienen sentido del humor!

Nos dirigimos hacia la Tauentzienstrasse. Gente diversa, en cuanto a colores, se cruza con nosotros. Roger se fija en un japonés. Por su mirada debe de estar pensando en Itami, su mejor amigo. Yo también le llegué a apreciar; era una buena persona.

—¿Echas de menos a Itami?

—Tendría que decir que no, pero sí. Nunca había tenido una química así con un tío… Bueno, no pienses mal.

Me río. Tan abierto que es para unas cosas y, en cambio, hay temas como la homosexualidad que le producen cierto resquemor. Espero que lo que le he de proponer no le sobresalte, así que me dejaré de rodeos. El no ya lo tengo; vamos a buscar el sí, como decía mi hermano Henry.

—A ver, Roger, tengo que decirte algo. Una especie de propuesta.

—Ni la chupo, ni admito penetraciones.

—¡Roger! ¡Joder!

—¿Qué? Llevas muy raro todo el camino. Y cuando te tocas la nariz de esa forma, es que estás pensando en algo sexual.

—¿De qué forma?

—Anda, ve al grano. ¿Qué pasa?

—He estado pensando en Sve, en Cathy…

—¿Que se lo montan alguna vez?

—¿Tú también lo sabías?

—¿Te crees que me chupo el dedo? A ver, prefiero que se lo monten entre ellas y no hagan ninguna burrada; que luego se meten en líos de mafias, Yuris y prostitución, como hace doce años…

—Todo este tiempo y nunca me habías dicho nada.

—¿Qué querías que te dijera? «Eh, macho, tu mujer se folla a la mía». Además, tú tampoco me dijiste nada nunca.

—Pensé que podría hacerte daño.

—Para nada. Sve es una máquina en la cama. A veces, llegamos a echar hasta tres polvos en un día.

—Menos lobos…

—Bueno, vale, dos. ¿Y tú con Cathy?

—No me puedo quejar, pero un caballero no habla de números.

—¡Qué morro! ¿Y la propuesta?

—No iré con rodeos. He pensado que, ya que ellas se acuestan desde hace años, y que tú y yo estuvimos con ellas, hagámoslo más fácil y divertido: acostémonos los cuatro.

ROGER

Llegamos a Budapester Strasse y me atraganto con mi propia saliva. Samson se acerca para darme golpecitos en la espalda, pero yo me aparto por si las moscas. A mi cabeza me viene la imagen de un horrible pene negro.

—A ver, Roger, tranquilo, tú y yo no follaremos.

—¡Ah, menos mal! Creía que tu masculinidad se había perdido en el aeropuerto.

—En mi país, ni nos lo planteamos.

—¡Pero si tú vivías en Manhattan!

—Pero mi alma es keniata.

—Bien, dejemos el alma, la religión y las chorradas. ¿Quién follará a quién?

—Tú, a Sve y yo, a Cathy. Ellas dos también, si quieren; haremos como si no supiéramos nada.

De repente la idea no me parece tan descabellada. Yo quise a Cathy; es cierto que me asusté al saber que Irina vendría a nuestras vidas. Y Sve amó a Samson antes de que ocurriera todo lo de Moscú.

—Déjame que lo piense. Además, he de hablar con Sve.

—Por eso no hay problema, ya lo sabe.

—¿Qué?

—Sí, las dos están de acuerdo. Lo haremos dentro de quince días, cuando Irina haga el pase de los sombreros. Como las modelos irán desnudas, es un pase privado.

—No me lo puedo creer. ¡Todos estáis confabulados!

—Sí, pero, ¿a que te mueres de ganas?

Llegamos a KaDeWe, los almacenes más grandes de Berlín. Samson me habla de un rincón donde, a estas horas, sirven cerveza y salchichas.

—¿Te gusta la mostaza de aquí?

No puedo contestarle. Mi mente está en la primera vez que penetré a Cathy, hace doce años, en Venecia.

Pero también pienso que Samson se acostaba en aquellos tiempos con Sve, la mujer que ahora es mi vida.

No lo acabo de ver claro; eso podría acabar con la amistad de todos nosotros.

Quizás Samson siente la rutina en sus negras venas, aunque yo también. Es peligroso y arriesgado, pero ¿por qué no?

Llegamos al bar y pedimos lo mismo.

LIV Y MARCELLO

LIV

La habitación estaría a oscuras si no fuera por la televisión holográfica. No me acabo de acostumbrar. Prefería la tele de antes; incluso la de blanco y negro.

Estamos mirando, Marcello y yo, las imágenes de la pantalla sin ver, porque lo único que nos preocupa es el teléfono. Este aparato, por cierto, también ha cambiado: ahora tienes que estar arreglado para cogerlo ya que una cámara te enfoca, quieras o no. También me gustaba más antes. Por fin suena.

—¿Sí, dígame?

—¿Liv?

—Buenas noches, Paul, gracias por llamar tan tarde.

—No tiene importancia. Mi mujer y yo trasnochamos, no es problema. Bien, ¿están decididos ya?

—Sí, yo creo que sí. Roger se ha ido a dar una vuelta por la ciudad… Ya sabe, son jóvenes.

—Tengo un vago recuerdo. Tranquila, con su palabra me basta.

—Mañana estaremos ahí para firmar el contrato. Por cierto, queremos que en Alemania se llame igual que en Venecia: El Caliu de la Liv i en Roger.

—No hay problema. El nombre no me importa, lo que nos atrae de la idea es juntar comida alemana con catalana.

—A nosotros también. A las ocho estaremos ahí.

—Traiga a su marido; mañana estará más despierto.

—Buenas noches, Paul.

—Buenas noches, Liv.

Cuelgo el teléfono y vuelvo a cogerlo para llamar a Roger y decirle que el restaurante que queremos montar en Alemania va para adelante. Mañana quedaremos con Paul, el dueño del local y, en definitiva, quien pondrá el dinero.

Quedamos con Roger para mañana, y le veo por la pantalla con Samson, bebiendo cerveza y comiendo salchichas. Se han hecho muy amigos desde que Itami murió.

Cuelgo el aparato después de despedirme de los dos.

Miro a Marcello y no puedo dejar de sonreír: se ha dormido frente al televisor con las gafas puestas. Ya nadie lleva, pero él insiste en que nadie tocará sus ojos si no es para cerrárselos cuando haya muerto. Me acerco a él y se las quito. Acaricio sus párpados, y le pido a Dios, o a quien sea, que no tenga nunca que cerrárselos yo.

Pienso en mi marido anterior, homosexual, enamorado de otro hombre. Me felicito a mí misma, antes de acostarme, por haber tenido tanta suerte de conocer a ese italiano que ya duerme profundamente.

Apago las luces con una palmada.

SVE Y CATHY

SVE

Hanna va firmando, uno a uno, los papeles. Tiene una letra puntiaguda que denota agresividad, pero sus ojos azules des-

mienten tal afirmación… o eso espero. Con la agresividad de Cathy tenemos todos bastante.

—Creo que con eso terminamos.

—Falta el documento de los colores.

—Es verdad. Los encuentro alucinantes, y me olvido.

—Sabes que no puedes desvelar nada hasta que se haga el pase. Nadie hasta ahora ha hecho un tejido que cambie de color con el estado de ánimo.

—Lo sé, Cathy. Es como cuando hicisteis las transparencias. Me impactó lo de los calzoncillos.

—Pues eso salió de una broma de Roger…

—Las ideas más brillantes surgen de lo anecdótico. Espero que sigamos trabajando juntas después de estos tres meses.

—Eso no te lo puedo asegurar, Hanna. Hemos venido para presentar esta moda en la ciudad más importante, y por Irina. Siempre le ha hecho gracia ser modelo. Pero adoramos Venecia: tenemos nuestra tienda, nuestra vida allí.

—Lo entiendo. Aprovecharemos este tiempo, y siempre puedo llegar a convenceros.

—Lo dudo, Hanna. Cathy tiene razón.

—¿Que amáis Venecia? Dejad que Berlín os envuelva, con sus parques, su gente…

—Y sus coches.

—Sí, es cierto los coches solo van con luz solar. Hermann Bonn los diseñó de tal manera que aguantan muchísimas horas.

—Lo están introduciendo en todos los países; por eso Alemania está de las primeras en todo, como París en la época de Coco Chanel.

—Ya que sacas este tema, te diré que los sombreros que lucirá Irina en el pase privado están basados en los que diseñó Coco en su primera tienda de sombreros en el Boulevard Malesherbes.

—¿Y Chanel está de acuerdo?

—Chanel es nuestro, querida. Lo compramos el año pasado.

Me quedo estupefacta. No sabía esta noticia. Hanna cierra el bolígrafo automáticamente y nos desea buenas noches.

Hanna desaparece con sus contratos e ilusiones. A Sve y a mí nos ha contagiado sus ganas de trabajar en este nuevo proyecto de moda.

Su perfume aún persiste en la habitación y cuando se ha ido, echo a Cathy de repente en la cama redonda. Le empiezo a acariciar los muslos y ella se abre más. Los gemidos hacen desaparecer el perfume de Hanna.

Mientras le hago el amor me pregunto si Samson ya habrá hablado con Roger sobre la propuesta de hacerlo los cuatro. No sé si seré capaz: puede peligrar la amistad de los cuatro, aunque no negaré que la idea me resulta atrayente.

De súbito, Cathy se levanta precipitadamente entre mis pensamientos y las sábanas de seda rosa.

—Vistámonos, Sve, esos no tardarán en venir. ¿Qué crees que habrá dicho Roger ante la propuesta del mènage à quatre?

—¿Qué va a decir? Que sí. Te sigue deseando.

—¿Y tú a Samson?

—¿Quieres una respuesta de amiga?

—Sí.

—Sí.

—¿Sí qué?

—Le deseo, le quiero. Lo que pasó en Venecia no puedo olvidarlo. Y tú tampoco lo que viviste con Roger.

—Vale, vale. Divirtámonos, como cuando éramos más jóvenes, pero no me quites a Samson.

—¿Para que me mates?

—Nunca te mataría, Sve.

Me da un beso y oigo los pasos de los chicos en el pasillo del hotel, acompañados de carcajadas y borrachera. Por un momento pienso en una frase de Coco Chanel: «Todo lo que es moda, pasa de moda». Los papeles firmados siguen en la mesa, y la puerta se abre. Los chicos vienen con Irina, quien, si no me equivoco, está pálida como las camelias.

MICHAEL Y RICHARD

MICHAEL

Richard y yo nos conocemos desde hace más de veinte años. Hemos ido a Irak, Irán, Afganistán, trabajado en radio, en televisión… Hemos hecho todo lo bueno, malo, dulce y agridulce de los medios de comunicación. Y ahora Richard me sale con esto. Coge su avión particular desde Manhattan, se presenta en Berlín y me lo suelta así, como si fuera lo más normal del mundo.

—Si llego a saber que te lo tomas así, paso y que te lo cuente otro.

—¡Otro! ¿Pero quién más sabe esto?

—Nadie, cálmate, y así deseamos que siga.

—Bien, vamos a calmarnos. Me dices que Wendy, mi mujer, no existe, que su verdadero nombre en Natascha, y que nació en Checoslovaquia.

—Exacto. Tu mujer posteriormente arregló los papeles para cambiar de nombre y dedicarse al espionaje industrial.

—¿Se los arreglaste tú?

—Sí, antes de conoceros.

—Pero eso quiere decir que os conocíais de antes. ¡Y eso es imposible! ¡Yo fui a patinar a Central Park y allí estaba ella!

—Lo planeamos todo. Convenía que estuviera casada con un americano.

—¿Cómo sabías que me enamoraría de ella?

—Una caída en el sitio correcto mientras patinabais en Central Park, y el caballero saldría a rescatar a la dama.

—Entonces, ¿ella no me quería?

—¡Por supuesto que sí! Ya se enamoró nada más verte en mis fotos.

—Pero ella trabajaba para ti.

—Y lo sigue haciendo.

—¿Y el ser decoradora de interiores?

—Digamos… que no todos sus viajes eran para decorar.

—¿Y la galería de Venecia?

—Eso le encanta. Es verdad que estudió Bellas Artes.

—¿Y qué más es verdad?

—Ella te lo contará. Estará aquí en quince días. Tendrá que quedarse un tiempo, unos dos meses, en Berlín.

—¿Para?

—No te lo puedo decir. Está relacionado con automóviles, pero debido a un problema hemos tenido que volver a su nombre original. A partir de ahora nadie la podrá llamar Wendy. Siempre hay que llamarla Natascha; de lo contrario, su seguridad podría peligrar.

—Pero entonces, si Wendy no era su nombre real, ¿no estamos casados?

—Sí, te he traído todos los papeles con los nuevos nombres.

Mientras Richard rebusca en su cartera los papeles, oye un fuerte portazo en la habitación del hotel: Michael ha desaparecido.

CAPÍTULO 2

KLARA, HERMANN, KURT Y GERDA

IRINA

Las modelos se apresuran a cambiarse los vestidos. Sin ropa interior y con peinados imposibles, van saliendo a la pasarela como si fuera lo más natural del mundo. Las observo y pienso si seré capaz hoy de desfilar allí, desnuda, aunque sea un pase privado. Hanna me ha asegurado que no se verá ninguna fotografía fuera de este recinto. Según ella, los posibles compradores estarán en sus asientos, mirando simplemente los sombreros, sin darle importancia a nada más.

Me dirijo al lavabo dejando los focos y vestidos de novia preciosos, de color rojo sangre, como es la moda ahora. Veo a Gerda venir hacia mí. Temo que me va a retrasar y no podré vomitar a tiempo.

—¡Hola! Creo que no nos han presentado oficialmente. Soy Gerda.

—¿Qué tal? Llevo veinte días aquí, y la verdad, voy tan perdida… Es que nunca antes había estado en el mundo de la moda.

—¡Anda, tía! Si te mueves como una profesional. ¿Me estás tomando el pelo?

Analizo su sonrisa en lo alto de sus dos metros de estatura, y llego a la conclusión de que es sincera.

—Los demás, ¿lleváis más tiempo?

—No me hagas reír. Parece que toda una vida. Tengo veinte años y empecé a tu edad. Hermann lleva tres años, al igual que Kurt; en realidad vinieron juntos desde un pueblo, ahora no recuerdo el nombre. Y Klara…

—No, eso lo sé; lleva escasamente un año. Hemos salido algún día a la discoteca Tiergarten.

—¿La que se mueve la pista todo el rato?

—Sí, va girando. Es una pasada.

—La han inaugurado hace poco. Y dime, ¿te ha contado muchas cosas Klara?

—¿A qué te refieres?

—No sé… de Hanna o Magda.

—No, solo me dijo que controlan mucho el peso para que no tengan que retocar los vestidos que nos han diseñado previamente.

Gerda me lleva a un rincón oscuro, más acorde para confidencias, ya que baja tanto el tono de voz que me cuesta escucharla. En la pasarela, la música de «Dance With Somebody» suena a toda pastilla y me pierdo alguna palabra, pero no quiero cortarla, pues mis ansias de vomitar el desayuno van en aumento.

—Yo de aquí me piro, Irina, y te recomiendo que hagas lo mismo. Nos quieren desmesuradamente delgadas porque los vestidos, esos diseños, se acoplan mejor al cuerpo si no tenemos culo ni tetas. Hanna es una obsesa con eso y nos mata de hambre.

—¡Pero eso es absurdo! ¡Ella no puede controlar lo que comes!

—Sí, con ese aparato.

—¿Qué aparato?

—Veo que aún no lo ha usado contigo. A ver, es algo así como los que utilizan en los aeropuertos por si llevas algo metálico. La diferencia es que este, al pasártelo por el cuerpo, marca las calorías que has ingerido unas horas antes.

—Pero, aunque eso fuera verdad (pues no sé si creerte, ya que Hanna parece una buena tía), no puede hacer nada si ya has ingerido esa comida.

—Sí que puede; por eso me largo de aquí. Y hablando de otras cosas más, digamos… apetecibles, ¿sabes que Kurt te ha echado el ojo?

Me pongo tan colorada como mis braguitas rojas, y una sensación de placer me inunda la zona de la ingle cuando pienso en que existe la posibilidad de que le guste a Kurt.

—Sé que no tenía previsto decírtelo aún, pero quiero ayudaros. No perdáis el tiempo. Yo desaproveché ocasiones, y me arrepentiré toda la vida.

—¿Por eso quieres dejar la moda?

—Entre otras cosas, sí. Aquí no te dejan ni comer ni enamorarte. Quiero follar y comer un gran Eisbein mit Sauerkraut und Erbsenpüree.

—¿Y eso qué es?

—Jarrete de cerdo con puré de guisantes y col fermentada.

—Perdona, he de ir al lavabo antes de que empecemos.

—Ah, es verdad. Pues buena suerte, Irina, te deseo lo mejor.

—Eso suena a despedida. ¿Cuándo te vas?

—En cuanto acabemos esta chorrada del desfile de los sombreros.

Le doy dos besos, huelo su perfume Chanel y veo tristeza en sus ojos, que me recuerdan que sigo perdida y que ahora, en breves segundos, voy a ver flotar alimentos en el agua del váter. Por un momento la envidio, pero se aleja sin que nunca pueda llegar a conocerla.

Rápidamente entro en los lavabos, decorados de rojo y negro, busco el primero y me encierro. Cuando estoy a punto de poner mis dedos en el fondo de mi garganta, oigo llorar a Klara, dos cubículos más allá. Me quedo en absoluto silencio.

La voz de Klara, llorosa, llega hasta donde estoy, agazapada y silenciosa, con miedo a que me descubran. La otra voz es Hanna.

—No es verdad, Hanna, no he comido nada.

—¿Serás guarra, Klara? El termijok está marcando más calorías de las que puedes comer en un día, y aún es por la mañana. ¡Eres gorda, Klara, asquerosa! ¡Dime la verdad!

Oigo sollozar a Klara, y recuerdo su cuerpo, delgado, atractivo, como si de una ninfa se tratara.

—Kasseler Rippenspeer.

Se oye a Hanna abofetearla una y otra vez, mientras la insulta, de una manera cada vez más humillante.

—¿Costillas de cerdo? ¡Os tengo dicho que ni olerlas! Acerca la boca. ¡Te voy a meter los dedos en la garganta para que saques hasta tu partida de nacimiento!

—¡Hanna, por favor, lo haré yo!

—Ni pensarlo, no hay tiempo. Además, tu sombrero no es el de Chanel, sino el que te cubre la cabeza y te esconde los ojos.

—Pero me prometiste…

—Tú también me prometiste que no comerías. Ven, acércate…

Oigo vomitar sin parar a Klara, y Hanna va riendo de una manera vacía, demente.

—Muy bien, cariño. ¿Te das cuenta de que cuando quieres te portas bien, y Hanna te quiere?

—Lo siento.

—No pasa nada, cielo. Anda, maquíllate, aunque sea un poco. Y triunfa con nuestro nuevo diseño. Eres la mejor.

—Gracias, Hanna. Y perdona.

Oigo a Hanna alejarse y cerrar la puerta. Podría salir y hablar con Klara, pero no sabría ni qué decirle. Opto por quedarme quieta, oyendo los grifos y los sollozos juntos, como todo el vómito que, ahora sí, estoy echando.

Unos segundos más tarde ya no oigo a nadie en el lavabo, así que decido salir.

Me doy de bruces con Kurt, el modelo más guapo que he visto en mi vida.

—¡Hola, preciosa!

—¡Hola, Kurt! Me… me has asustado.

—¿Por qué? ¿No sabes que este lavabo es mixto?, ¿o en tu Italia no se estila?

Intento no mirar sus calzoncillos Calvin Klein… ni su incipiente erección. Se acerca y con sus largas manos me toca los pezones. Me asusto y escapo corriendo.

Al salir, me encuentro y casi tropiezo con Hermann. Sé que él y Kurt son íntimos amigos, pero me da la impresión de que son muy distintos.

—Perdona.

—Tranquila. Estoy esperando a Kurt. Por cierto, ¿qué tal llevas eso de salir desnuda a la pasarela? Tengo entendido que es tu primera vez.

Kurt ha salido del lavabo y nos mira a los dos de una manera sarcástica.

Entonces llega Marielle, la chica de producción, y nos avisa de que quedan cinco minutos. Nos sacamos la ropa interior y vamos raudos a ponernos los sombreros y, en mi caso, me preparo mentalmente para posar desnuda delante de personas extrañas.

Las modelos empiezan a salir por orden. Primero Gerda, con un sombrero tipo pamela, con lentejuelas transparentes. Sus dos metros de altura y sus ojos verdes hacen que el color blanco resalte su belleza.

Acto seguido sale Kurt. Intento mirar su sombrero, estilo gánster de Al Capone, pero solo puedo admirar su torso y su pene, ahora en «reposo».

Hermann es el más seguro: pisando fuerte, no importa lo que lleve.

Por lo que me han dicho, Klara saldrá la última con el diseño de Hanna, así que, mientras suena la música, intento que mis pezones, erectos por el recuerdo de Kurt, no enturbien el sombrero rojo sangre, que despeina mi cabellera rubia, adrede, pues me han dicho que será algo para llevar en los sitios informales.

HANNA Y MAGDA
HANNA

Bien, está saliendo todo a pedir de boca. Estos niños son tontos. ¡Se han tragado lo del desfile! Con sus fotos voy a sacar dinero vendiéndolas a esos clientes privados que, si no fuera por los focos, diría que ya se están masturbando.

Ya tendré tiempo la semana que viene para hacer el desfile de verdad.

La dulce voz de mi madre me despierta de mis elucubraciones.

—¡No puedo creer que lo hayas hecho otra vez, Hanna!

—¡Mamá! ¿Qué haces aquí?

—Vigilarte. ¡Lo que haces es verdaderamente repugnante!

—Mira, mamá, no tengo por qué darte explicaciones. Esto son negocios.

De pronto, un grito de Klara interrumpe la discusión de las mujeres, y la música deja de sonar. La gente está alrededor de algo rojo.

Magda y yo nos acercamos. En un charco de sangre, la belleza de Gerda ahora parece frágil, pequeña, como las estrellas cuando las ves de lejos.

El sombrero rojo de Irina cae. Todo permanece en un silencio absoluto: los senos de Gerda han sido mutilados. Su

cuerpo ya no podrá desfilar por las pasarelas, ni su mente podrá desear comida o sexo.

Gerda ha sido asesinada.

SVE, CATHY, SAMSON Y ROGER

SVE

Estamos los cuatro en la habitación del hotel y ha llegado el día de probar juntos en la cama. Me da la impresión de que todo eran palabras: a la hora de la verdad, nadie va a atreverse.

Cathy empieza a desvestirse lentamente mientras todos la observamos. Nadie la secunda, y creo que ha sido una mala idea. Han pasado muchos años y ya no somos los mismos. Además, Samson me ayudó a recuperar mi seguridad, fue dulce conmigo cuando más lo necesitaba… no puedo hacerle esto.

ROGER

¡Joder, qué buena que está Cathy aún! Y, sin embargo, no me excito en absoluto. Creo que quiero a Sve más de lo que me imaginaba.

SAMSON

Mi mujer está a punto de desabrocharse el sujetador y yo estoy aquí, parado, sin hacer nada. Tengo que detener esto. Todos hemos sufrido ya bastante, y lo único que nos queda es esta amistad tan especial.

CATHY

No me voy a quitar el sujetador. Están todos cortados, nadie quiere. Una cosa es lo que nos imaginamos, y otra muy distinta es llevar a cabo esas fantasías.

—¿Qué os pasa, chicos?

—No sé, Cathy… Quizás no sea tan buena idea.

—¿Tú también piensas lo mismo, Roger?

—Sí, Sve tiene razón. Además, como vea el pene de Samson, me traumatizaré de por vida.

—¡Serás capullo…! Lo que te da corte es que la tuya es más pequeña.

Llaman a la puerta de la habitación del hotel, y sin esperar respuesta, entra Marielle, la chica de producción que se encarga de ayudar a Hanna en todos los pases de modelos. Despeinada y con ojos de haber llorado. Me cubro rápidamente.

—¿Qué pasa, Marielle? ¿Va todo bien? ¿Ha pasado algo con el desfile?

Marielle no para de gemir y hablar alemán en un tono angustiante… o eso creo; no entiendo nada de ese idioma. Le sirvo un gin-tonic bien cargado. La chavala se lo toma, y parece que ya va recobrando la cordura y su conocimiento de inglés.

—No se asuste, Cathy, Irina se encuentra bien. Todo estaba saliendo a la perfección, y la señora Hanna parecía tan contenta… Su hija ya había desfilado con su modelo, pero entonces Gerda…

La chiquilla vuelve a llorar y acaba su bebida.

—Gerda ha muerto. Ha sido asesinada. Le han cortado los pechos.

En cuatro segundos la habitación del hotel queda desierta. Seguimos todos a Marielle hasta el edificio Hang, donde se realizaba el desfile, y olvidamos nuestras tonterías sexuales. Esas fantasías son para cuando tienes veinte años.

Rezo para que Irina esté bien.

Me doy cuenta de que llevábamos doce años tranquilos, sin tormentas, sin asesinatos.

FASANENSTRASSE

En esta calle, exactamente en el número 77, al lado del Centro de Comunidad Judía, está Hang, el edificio más importante de